

## El orden sexual

---

POR MYRIAM COTRINO NIETO

Gérard Pommier, *El orden sexual*, Amorrortu, Buenos Aires 1995.

Gérard Pommier, psicoanalista francés, de quien se han traducido varias obras al español, interroga en este texto por el deseo sexual y sus avatares, tanto desde lo femenino y lo masculino, como desde la feminidad y la virilidad.

El eje a través del cual explica y desarrolla lo que él llama *el orden sexual*, el ordenador, podríamos decir, es el padre en sus diferentes versiones, el padre totémico, el padre dador del nombre y el padre real. Esta referencia al padre permite seguir cada uno de los temas y ubicar el camino que toma el autor.

¿Qué quiere una mujer? Este enigma, nos dice Freud, ha puesto a cavilar a los hombres en todos los tiempos, desde los egipcios y otros pueblos antiguos hasta nuestros días; grandes transformaciones en lo que respecta a las mujeres se han producido desde entonces. Sin embargo, afirma Pommier, la pérdida del patronímico cuando una mujer se casa, esto es, de su apellido de soltera, continúa vigente como práctica corriente en muchos países para la mayoría de las mujeres; y aunque ellas no tomen el apellido del marido, los hijos tomarán en primer lugar el nombre del padre.

La pregunta que propone y desarrolla Pommier es: ¿cuál es la función que cumple la pérdida del patronímico? Dice que su función primera es sexual, simboliza el falo. Para la mujer parece ser la salida del puerto al que, en los tiempos de su recorrido

edípico, acudió al separarse de la madre, y que ahora abandona en beneficio de otro nombre. Mientras que para el hombre, el tomar el nombre de su padre le permite aspirar a poseer la potencia fálica, tal como él.

Del lado de la mujer, además, esta pérdida del nombre muestra una “carencia” en la función paterna; queja constante de la histérica en relación con el padre a quien se le reprocha por no cumplir su función: o bien, prohíbe el incesto con la madre y abandona a la hija, o bien, busca seducir a la hija y entonces deja de ser un padre. Pero gracias a este defecto paterno es posible el goce femenino: es en el desvanecimiento de su función que es posible gozar más allá de la prohibición impuesta por él. Para los hombres, en cambio, el patronímico es necesario; no pueden perderlo porque los protege de su propia feminización y, por esto mismo, su goce no va más allá de su potencia fálica. Un goce que se detiene donde comienza la especificidad del goce femenino.

Por este rumbo del cambio de nombre en las mujeres el autor atraviesa y articula conceptos fundamentales del psicoanálisis, como la especificidad y el acceso al goce femenino, vía el fantasma del asesinato del padre. Padre muerto, entonces, pero sin cadáver; por tanto, sin duelo; por aquí conecta la depresión como la moneda corriente de un duelo imposible, que en su forma más depurada se presentifica por el goce mismo.

La hipótesis que lanza el autor es que el cambio de nombre, más que un imperativo de intercambio social, es una

condición del goce femenino, que se basa en el fantasma de asesinato del padre; entonces, si el goce femenino está más allá del goce fálico, la pérdida del nombre representa el punto de pasaje a este más allá.

Si bien el padre simbólico ha estado muerto por generaciones, es el padre real, dice, el que permite poner en escena un fantasma concerniente al padre muerto. Pero esta puesta en escena se complejiza en tanto que estas dos instancias no coinciden: existe una oposición entre nombre y sexo, entre misticismo y prostitución. Así, el goce femenino solicita un nombre único, a diferencia del goce masculino.

Dice Pommier que la pregunta ¿qué quiere una mujer? es soportada por otra: ¿qué es la virilidad? La virilidad es, en últimas, una suerte de pasividad que no consiste en dejarse desear como puede hacerlo una mujer, sino en soportar un interrogante conflictivo; y es que un hombre en su encuentro con “lo que quiere una mujer” afronta a la vez el extremo de la pérdida del nombre y el extremo del deseo por el falo. Entre estas dos preguntas por la feminidad y la virilidad, muestra cómo juega de manera diferente para la mujer y para el varón su relación con el goce y con el nombre, y cómo, de acuerdo con el fantasma de cada uno, se entretajan los ires y venires de las relaciones entre hombres y mujeres, que ilustra casi de manera poética con las historias de Don Juan y Casanova.

Destaca la disarmonía y el desencuentro propios del lazo amoroso, ya referidos por Freud y Lacan, y entonces pregunta, ¿para qué sirve el amor? Más allá de una satisfacción narcisista considera que el amor responde a la represión originaria, el agujero que incluye la lengua, lo que no se puede nombrar, gobierna el deseo: la “cosa” del lenguaje se encarna en el ser amado. El amor es una respuesta, entre otras, a la falta en ser. Otra respuesta es la sublimación, en la que el objeto puede llegar a presentar lo irrepresentable: el artista crea su obra, la presenta y la firma. Por esta vía hace el autor un paralelo entre la mujer y la obra; el cuerpo de la amada y el objeto de la sublimación pasan por el deseo y son equivalentes a lo irrepresentable.

Al igual que en la obra de arte, así como el artista crea algo donde hay falta, la mujer, como representante de ésta, es objeto sublimatorio, creada por el deseo de un hombre. Y aún va más allá Pommier cuando interroga si no podría firmarse, al igual que la obra de arte, esta producción de la mujer por el deseo del hombre, de tal forma que ella llevara su nombre. Esto no implica una posición de pasividad de la mujer; al contrario, realza la elección de ésta y el goce de la seducción como tributo al Otro materno. Este aspecto de la pasividad y de su contraparte, la actividad, que ha sido tan discutido especialmente en la crítica desde el feminismo, queda de esta manera puesto en su sitio por las elaboraciones del autor.

Pommier no iguala al hombre y la mujer. Queda claro que hay diferencia y disimetría en el encuentro amoroso, y que cada uno, desde la falta y el nombre, tiene razones para acercarse o alejarse, sin poder al final superar las dificultades del amor.

La segunda parte del libro se ocupa del tema *Sexualidad y perversión*, que introduce con la ordenación de la castración y la elección del sexo. Detalla el recorrido edípico partiendo de la demanda materna y la identificación con la madre fálica, que permite ubicar la prevalencia de un solo símbolo, el falo, tanto para el hombre como para la mujer. Esta identificación, que ocasiona la erección en el niño, la explica a través del término “transitivismo”, como una suerte de identificación total con el Otro provisto de falo. Esta respuesta a la demanda deja en peligro al niño quien, al no ser dueño de su sexo, es amenazado por la angustia de castración, angustia que es aliviada con la presencia salvadora de un rival. La elección de este rival es cosa del niño, y la función que cumple priva del goce materno, alivia la angustia y origina el amor al padre falóforo. En este tramo, nos dice, se impone la elección del sexo. Si la niña elige reconocer su amor por este padre sexuado entra en la vía de la feminidad; igual sucederá para el varón si es ésta su elección. Es vía el patronímico, por su función de simbolizar el falo, que el hombre escapa a la posición femenina.

En lo relativo a la *perversión* ubica el autor, de manera general y diferencial, la homosexualidad masculina y la femenina,

refiriendo que, mientras la primera precede a la heterosexualidad y tiene como punto de apoyo la perversión (planteamiento que sustenta por medio de mitos fundadores y ritos de iniciación), la segunda sucede a la heterosexualidad. A su vez, diferencia tres tipos de homosexualidad femenina de los cuales sólo uno es propio de la feminidad; los otros corresponden a la psicosis y a la perversión. Establece entonces una relación entre homosexualidad femenina y neurosis, en un anudamiento que hace posible ubicar aquí homosexualidad como parte de un desarrollo neurótico “normal”. Esto explicaría por qué, al contrario de lo que sucede con el hombre, la homosexualidad femenina no tiene influencia en la organización del tejido social.

En la tercera parte del libro, el autor organiza la génesis del deseo sexual femenino y, vía el padre, ubica su especificidad contextualizando el asunto del “traumatismo sexual” de manera diferente a como lo hacen los discursos psicologistas y oficiales. Pommier retoma en este punto la investigación iniciada por Freud para ofrecernos una herramienta de trabajo que permite escuchar por fuera de la moral y los prejuicios algunos relatos de seducción, abuso y violación de niñas y mujeres.

A partir del amor al padre totémico logra explicar, por una vertiente que supera la explicación culturalista, una serie de fenómenos que hacen pregunta en los asuntos amorosos: aspectos como la monogamia y la poligamia, la homosexualidad,

la heterosexualidad y la bisexualidad son tratados a través del deseo sexual y el erotismo, en relación con el goce que este padre representa y con la prohibición.

Pero si el deseo masculino y el femenino se orientan de distinto modo, entonces, ¿cómo se encuentran? La respuesta viene dada por el fantasma que, a la vez que anima el encuentro, en un principio, más tarde lo perturbará. Brinda el autor, en este apartado del texto, de manera clara, una explicación acerca de la formación del fantasma y de su relación con el goce.

La lectura de este libro permite hacer un recorrido juicioso por el mito de Edipo y sus consecuencias en lo concerniente a la elección de sexo, y los efectos sobre el encuentro sexual y amoroso, tanto desde la teoría como a partir de la clínica. Específicamente, para el trabajo clínico, brinda puntos de referencia y viñetas clínicas con respecto a cada una de las estructuras, principalmente la neurosis y la perversión. Al final invita a una reflexión sobre el lugar del analista en relación con los efectos del análisis sobre el síntoma y el goce sexual.

*Myriam Cotrino Nieto*  
Psicóloga clínica.  
Empresa Social del Estado  
Luis Carlos Galán.  
Bogotá.